



DOI: <http://dx.doi.org/10.17141/iconos.51.2015.1467>

Jean Comaroff y John L. Comaroff
Teoría desde el sur. O cómo los países centrales evolucionan hacia África
 Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2013,
 317 págs.

El mismo título de la obra se muestra como una apuesta sugerente y arriesgada. Jean y John Comaroff no solo hacen un ejercicio de revalorización del pensamiento producido en el sur¹, sino que afirman la existencia de teorías en medio de este espacio que históricamente se ha comprendido, desde el centro europeo, como “lugar de sabiduría pueblerina, tradiciones antiguas, hábitos y significaciones exóticas” (15). La pregunta, o más bien la afirmación provocativa que acompaña al título, revela de alguna manera la tesis que los Comaroff van construyendo a lo largo de varios de sus trabajos previamente publicados y que compilan en este libro.

1 Acojo el uso en minúsculas de “sur” como expresión simbólica de la perspectiva epistémica del “sur global” que hacen Jean y John Comaroff.

Podría afirmarse que, al igual que las ‘teorías desarrolladas en el sur’, este libro es el resultado de una construcción laboriosa a través de reflexiones, diálogos e interrogantes referentes a múltiples temas: el sur, como aquella construcción histórica en la que surge una teoría inmanente a la vida misma; la noción de persona, donde el trabajo, el yo y lo social son mutuamente constitutivos; la ciudadanía, como el “terreno en el que distintas formas de subjetividad fractales, cada vez más irreconciliables entre sí, encarnadas en grupos de personas autodeterminados, pueden dar rienda suelta a distintas posibilidades de acción social en procura de alcanzar sus intereses, ideales, pasiones y principios” (112-113); la nación naturalizada, como metáfora de la migración amenazante y el cuidado de las fronteras; la democracia, como alternativa específicamente africana caracterizada por más soberanía popular, más responsabilidad de los gobernantes y una cultura pública de la crítica, cuestiones que el “norte global” ha ido dejando de lado –a decir de los autores–; el cambio en las bases de la pertenencia y la judicialización de la política, como condiciones de imposibilidad para la construcción y despliegue de la historia, y la biopolítica, como ejercicio de colonización del cuerpo, exportación de epidemias como el sida y sustento del capitalismo.

Esta reseña recorre algunas de estas ideas, mientras se trata analíticamente el texto como aporte fundamental a los estudios sobre la subalternidad y a las ciencias sociales producidas desde el sur. Para Massimo Modonesi, el objetivo principal de la escuela subalterna es *relevar* y *revelar* el punto de vista de los subalternos², aquellas voces negadas –añade– por los estatismos que dominaron la cultura colonial. Puede

2 Massimo Modonesi, *Subalternidad, antagonismo, autonomía. Marxismo y subjetivación política* (Buenos Aires: Clacso/ Prometeo Libros, 2010), 39.

entenderse el verbo ‘relevar’ en el sentido de ‘dar relevancia’, es decir, significación e importancia al pensamiento surgido desde la subalternidad y el verbo ‘revelar’, en el de ‘descubrir o manifestar lo ignorado o secreto’.

Desde este punto de vista, en *Teoría desde el sur* hay una clara intencionalidad de otorgar relevancia al pensamiento elaborado desde el sur global; se afirma, de hecho, que los países centrales, europeos-occidentales, han de evolucionar hacia África. Esta es una clara muestra de la importancia que los Comaroff dan al modo de pensar del sur, lo cual puede comprenderse sobre todo si se entienden los diferentes procesos de la modernidad y de la historia que han ido configurando, en esta parte del globo, una dinámica que resignifica el modo occidental de pensar.

Siguiendo a los autores “los procesos históricos mundiales contemporáneos están trastornando las geografías establecidas de centro y periferia reubicando en el sur –y, desde luego, también en Oriente– algunos de los modos más innovadores y dinámicos de producción de valor” (24). Hay por lo tanto, en estos autores, un afán definitivo de reivindicación, revalorización o resignificación de las teorías producidas en el sur. Sin embargo, el trabajo de los Comaroff no se limita únicamente a otorgar a este pensamiento la importancia debida, sino que sobrepasa aquella al volverlo el centro para pensar la ‘modernidad global’.

La cuestión de revelar este pensamiento latente en la periferia y, por lo tanto excluido, es sumamente significativo, en la medida en que permite ver que la cultura del sur global es mucho más que simples datos sin procesar. Los que se expresa, por ejemplo, en la recuperada noción de persona de los tsuana del sur³,

que es “el resultado de una compleja formación histórica” (104), un universo afromoderno en el que confluyen el trabajo, el sujeto y la sociedad. Si bien la idea no es desarrollar una concepción de persona africana en el más amplio sentido del término, lo que salta a la vista es la latencia de un pensamiento que estuvo siempre ahí pero que era necesario enunciar: “En principio, nadie existía o podía llegar a ser conocido si no era en relación con y en referencia a, o incluso como parte de, un vasto grupo de otros significados” (91). Dicha perspectiva muestra una complejidad que solo recientemente descubre occidente, y que destaca frente a la mirada individualizante y fragmentaria del sistema capitalista.

No se trata tampoco de parcializarse hacia el sur, incluso cuando la idea clave es que hoy por hoy Occidente comienza a parecerse a ese sur por descubrir. Al señalar, más bien, que “la modernidad fue, casi desde el comienzo, un proceso de colaboración norte-sur –a decir verdad, una producción histórica mundial– si bien marcadamente asimétrico” (22), Jean y John Comaroff, asumen y dan muestra de que su objetivo se puede poner en paralelo con el de los grupos de estudios subalternos. Esto es una clara manifestación de que la historia, vista desde este punto, no se inscribe en la narrativa de los modos de producción –cuando aquella se expresa de modo esencialista– sino que asume dinámicas contextuales y particulares que no son periféricas, como lo manifiesta la perspectiva occidental, sino que adquieren sentido desde otros centros que provienen del sur del mundo. Un ejemplo en esta línea es el de las ‘economías comunitarias’ que, naciendo en el sur, se venden como respuesta del mundo occidental al actual sistema que ha comenzado a mostrar su fracaso para establecer relaciones de justicia.

Siguiendo a los autores, una importante idea en este sentido es que “la modernidad

3 Los pueblos tsuana del sur componen uno de los grupos étnicos más grandes de Sudáfrica. Están ubicados al norte del país y su población se estima por encima del millón y medio de personas (93).

tal como se presenta en el sur, no resulta adecuadamente comprensible si se la piensa como un derivado, un *doppelgänger*, una copia inexperta o una falsificación del original euronorteamericano” (24). Se puede comprender la modernidad desde otras perspectivas que no vuelvan al sur el apéndice de aquel proyecto surgido en Europa y de un modo de pensar occidental. Por lo tanto, el sur construye otro tipo de modernidades y es un aporte fundamental a la modernidad cuando el concepto adquiere nuevos significados, en ello resulta orientadora la diferenciación entre lo que se entiende por modernidad y modernización que explican los autores por medio de una cita de *La condición de la post-modernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural* de David Harvey, en tanto la primera se trata de

una orientación del ser-en-el-mundo, una *Weltanschauung* construida y habitada de distintas maneras, una noción de la persona como un sujeto que se actualiza a sí mismo de manera constante, un ideal de humanidad como especie, una visión progresiva de la historia construida por el hombre, una ideología del progreso a través de la acumulación de conocimiento y habilidad técnica, una búsqueda de justicia por medios de gobernanza racional, y un impulso incesante hacia la innovación cuya propia iconoclasia despierta el hambre de lo eterno (10).

La modernización, por su parte, establece un horizonte de futuro, marcado por la linealidad del progreso hacia el cual la humanidad en general debería caminar y evolucionar. Desde esta perspectiva, podría hablarse claramente de otro tipo de modernidad desde los pueblos del sur, que difiere de la ‘moder-

nización’ con la que Occidente entiende este proyecto, y lo implanta de modo violento.

También se visibiliza esta cuestión cuando nuevas formas de entender las relaciones globales se asumen desde el sur. Al respecto Jean y John Comaroff dan ejemplos muy concretos, ya sea a nivel jurídico, al mostrar que la tendencia actual es recurrir al derecho civil y no al penal; a nivel económico, cuando comentan algunos modelos nuevos y paradigmáticos concretos que aparecen en el sur para garantizar el ingreso básico a toda la sociedad, o a nivel académico, cuando señalan que el sur global es un “activo productor de teoría social” (80), en palabras del Ministro de Educación y Formación Superior de Sudáfrica, Blade Nzimande.

Ahora bien, el problema no es, expresan sus autores, que el Occidente evite, ignore o reconozca a medias esta construcción compartida de la historia o la contemporaneidad con la que se desarrolla la misma, sino que “sepa reconocer que en muchos aspectos es él quien está poniéndose al día con la temporalidad de sus otros” (35). Para ello resulta significativo el análisis del concepto de persona, de la concepción de justicia y de los modelos alternativos de la economía del sur, que se van convirtiendo en nuevos arquetipos que orientan las perspectivas mundiales y las políticas locales. Y entonces, “las sociedades coloniales y poscoloniales del sur no fueron inversiones históricas de la metrópolis, sino antes bien plantillas en lo que el norte habría de convertirse en el mundo posmoderno” (56). El sur se convierte en el modelo desde el cual puede desarrollarse y pensarse el norte.

Afirmar esto es fundamental para comprender las teorías desde el sur en tanto asumen, efectivamente, otro punto de partida, diferente al de la euromodernidad, término muy utilizado en el texto. De esta manera,

para los autores, es en el sur donde “están tomando forma relaciones radicalmente nuevas entre el capital y el trabajo, prefigurando así el futuro del norte global” (32). Esto quiere decir que, dentro de este mundo capitalista que no reconoce fronteras a pesar de las ideológicas representaciones de la modernidad que ubican un sin número de exterioridades no-modernas en el sur, éste sigue dando muestras de que sus perspectivas pueden ser legítimas y asumirse también como eje paradigmático de cómo debería actuar el norte en momentos concretos. Valga retomar aquí los mecanismos que se han comenzado a utilizar en el sur, en África concretamente, para paliar el hambre y reducir la brecha social que pueden convertirse en una cuestión de la que el norte, cada vez más en crisis, puede ir aprendiendo.

Expresan los Comaroff que “para bien o para mal, el sur parece estar ubicado hoy en la delantera de la historia, desafiando nuestra comprensión del mundo desde su perspectiva” (80). Siendo así, este momento es una especie de camino de retorno en que el mundo occidental comienza a aprender del sur, espacio que el norte siempre consideró

periférico y por lo tanto incapaz de aportar algo significativo. La mirada que el norte ha de asumir en relación con el sur global se vuelve una cuestión de aprendizaje, de revaloración de elementos poco considerados y pasados por alto, y ello resultante también de un proceso paralelo por medio del cual el sur fue aprendiendo de sí mismo. No en vano, por ejemplo, la gran analogía entre la flor de Fynbos y la naturalización de la nación, en la que los autores hablan de los extranjeros y migrantes, como aquellos a quienes se teme y que cristalizan en sí “la problemática del trabajo humano en su especificidad más concreta e histórica” (261); es decir, el trabajo por el trabajo. Así como la flor de Fynbos fue en su momento un peligro para la vegetación en Sudáfrica y hoy por hoy, es herencia ‘tradicional’ nacional; los *aliens*, es decir los actuales migrantes, son vistos como amenaza, aunque internamente van configurando nuevas relaciones sociales.

Milton Leonel Calderón Vélez
Facultad Latinoamericana de Ciencias
Sociales, Ecuador